

# La sal de España

*El arte y la belleza no siempre se abren paso por sí mismos. Si nos «suenan» Bach es porque Mendelssohn rescató sus polvorientas partituras un siglo después de haber sido olvidadas. Algunos estudiosos intentan rescatar hoy la desconocida música española barroca o romántica*



Por José Antonio Jáuregui  
 ANTROPÓLOGO

«The charm of Spain» - La Sal de España. Una antología de melodías españolas del siglo XIX, ejecutadas con instrumentos del Museo Metropolitano de Nueva York. Michael Kevin Jones, violonchelo (Jean Baptiste Vuillaume- París circa 1850). Agustín Maruri, guitarra. (Renè Lacote, -París circa 1825). Así se identifica un nuevo disco de veintinueve melodías que acaba de ver la luz con un ensayo lúcido y documentado adjunto escrito por Celsa Alonso de la Universidad de Oviedo.

«Sin duda alguna» -leo en este ensayo- «La Sal de España» cuyo título procede de una colección de canciones populares con acompañamiento de piano y guitarra publicada por el impresor Carrafa en los años treinta es una buena oportunidad para adentrarse en el original mundo de la lírica del siglo XIX».

Hay dos géneros de españoles: los que destruyen España con bombas que hacen saltar por los aires el DNI, el cuerpo y la armonía familiar de dos esposos ejemplares y de dos niños felices -por citar un suceso reciente- y los que construyen España. Dentro de estos últimos podemos descubrir a los constructores y a los reconstrutores.

Juan Sebastian Bach contribuyó notablemente a construir el colosal edificio de los «músicos» (*mousicós: el-de-la-Musa: el-que-trabaja-para-las-musas*) con los conciertos Brandenburos, la Misa en Sí Menor, la Pasión de San Mateo y todas las

maravillas bachianas. El cretino integral y numerario de la antiacademia de marchantes estúpidos y soberbios, el Mandamás de Brandemburgo, se condenó a sí mismo ante el tribunal de las musas al decretar que «los brandenburos» fuesen al cubo de la basura. Fue Felix Mendelssohn quien en el siglo XIX nos devolvió a los europeos la música divina de Bach. Mendelssohn fue un reconstructor de las musas y de la mejor Europa (Los nazionalistas o nazis -nazionalismo con zeta, en lúcida versión de Gurruchaga- derribaron la estatua de Mendelssohn en su afán «purificador» de eliminar la «escoria judía» de la «pureza aria»).

El Barón de Coubertin nos devolvió a finales del XIX los Juegos Olímpicos, condenados

a muerte por el Emperador Teodosio por tratarse de un Thanksgiving, un Día de Acción de Gracias a Júpiter (No tuvo Teodosio la precaución de sacar al bebé del baño antes de tirar el agua sucia, desoyendo ese consejo del pueblo de Hamlet y de Tony Blair).

Me entero por este ensayo de esta profesora de la Universidad de Oviedo de que en el siglo XIX (durante el reinado de Fernando VII -primer tercio de ese siglo-) hubo «una producción de piezas musicales de gran belleza, firmadas por compositores de primera fila»... que «cayeron luego en el olvido más absoluto».

Agustín Maruri, discípulo del gran maestro Ernesto Bitetti -un «argañol» como él certeramente se define- sigue la línea y la saga de los Andrés Se-

govia haciéndole hablar a la guitarra y siendo un gran Embajador de la mejor España: la de Victoria y la de Velázquez. Pero, además, Agustín Maruri, mirándose en el espejo de Mendelssohn y del Barón de Coubertin, se adentra en la espesura de las junglas de las bibliotecas, busca y rebusca obras excelsas enterradas en el cementerio del olvido, las desempolva y nos las devuelve primorosamente interpretadas: «Las partituras que han dado lugar a esta grabación», leo en el texto de Celsa Alonso «proceden del fondo antiguo de la Biblioteca Nacional de Madrid seleccionadas por Agustín Maruri». Sin duda Andrés Rosquellas, Mariano Ledesma, Narciso Paz, Ramón Carnicer, Esteban Moreno... y todos los compositores «resucitados» se sentirán orgullosos de Maruri.

El año pasado, durante una estancia en Fort Worth (Texas), durante una cena en Dallas, -ciudad vecina- pregunté a Grover Wilkins: «¿Por qué bautizaste a la Orquesta que fundaste y diriges Orquesta de New Spain, Orquesta de Nueva España?» Me contestó: «Porque Texas es Nueva España. Texas es una criatura de España. Nos debemos a España. Durante mi estancia de diez años en París encontré en las bibliotecas una música deliciosa, barroca, bellísima de compositores españoles enterrados en el cementerio del olvido. Di saltos de alegría. Creé esta orquesta para interpretar esta música bellísima. Ahora me gustaría crear una orquesta barroca en España que se dedicara a dar a conocer esta música barroca de España en el mundo entero. Podría llamarse Orquesta Barroca de Toledo. Toledo es un nombre mágico».

¡Bravo a los que descubren, redescubren y resucitan la mejor España: la de sus Musas, músicos y museos (tres temas comunes europeos que definen a España como uno de «los picos culturales» de Europa).

